

LITURGIA DE LAS HORAS DE SAN JOSEMARÍA

26 de junio

SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER, PRESBITERO

Nació en Barbastro (España) en 1902, y fue ordenado sacerdote en 1925. El 2 de octubre de 1928 fundó, el Opus Dei, abriendo en la Iglesia un nuevo camino, para que hombres y mujeres de toda condición vivan con plenitud la vocación cristiana santificando sus ocupaciones en el mundo. El Opus Dei fue erigido en 1982 en Prelatura personal. Con su predicación y sus escritos suscitó una vasta toma de conciencia de la específica misión eclesial de los laicos. Murió en Roma el 26 de junio de 1975.

Del Común de pastores

I Vísperas

HIMNO

Alzamos con brío, Josemaría,
nuestro canto de alabanza,
pues nos das a tus hijos
un mensaje viejo y nuevo:

Que, tanto los casados como los célibes,
los ancianos como los jóvenes,
conviertan cada día su trabajo
en realidad santa.

Así, buscando siempre a Cristo,
encontrado y amado sobre todo,
alcancen la corona,
que es el premio de la vida.

Ayúdanos, te pedimos,
a practicar cuanto nos enseñaste;
que sigamos con paso decidido
al Señor que a todos llama.

Gloria a Dios Padre
y al Hijo y al Paráclito
que te han premiado con esplendidez
por los siglos eternos. Amén.

Oficio de Lectura

HIMNO

Josemaría fue maestro, rector, padre nutricio,
guía, docto pastor y sacerdote,
a quien tú, oh Cristo, infundiste
una íntima visión de luz:

Que serían los hombres y las mujeres de Dios
quienes te ayudarían a elevar la cruz
en la cumbre del mundo; y así Cristo triunfador
atraería a Sí todas las cosas.

Llamados desde la eternidad,
antes ya de la constitución del mundo,
haznos otros Cristos, sal, fermento, luz
en las encrucijadas del mundo:

Sal que preserve de la corrupción,
luz que ilumine los corazones de los hombres,
vivo fermento
que lleve el Pan vivo a todos los trabajos.

Sólo a ti, Dios eterno,
Padre, Hijo con el Espíritu Santo,
el sumo homenaje de gloria y alabanza,
ahora y por siempre. Amén.

SEGUNDA LECTURA

De las Homilias de san Josemaría Escrivá de Balaguer,
presbítero

(Hacia la santidad, ed. Palabra, Madrid 1973, pp. 7-9,
12-13, 20-21, 23-24, 32-33, 40-41, 52)

Contemplativos en medio del mundo

Nos quedamos removidos, con una fuerte sacudida en el corazón, al escuchar atentamente aquel grito de San Pablo: *ésta es la voluntad de Dios, vuestra santificación*. Hoy, una vez más me lo propongo a mí, y os lo recuerdo también a vosotros y a la humanidad entera: *ésta es la Voluntad de Dios, que seamos santos*. Para pacificar las almas con auténtica paz, para transformar la tierra, para buscar en el mundo y a través de las cosas del mundo a Dios Señor Nuestro, resulta indispensable la santidad personal. A cada uno llama a la santidad, de cada

uno pide amor: jóvenes y ancianos, solteros y casados, sanos y enfermos, cultos e ignorantes, trabajen donde trabajen, estén donde estén. Hay un solo modo de crecer en la familiaridad y en la confianza con Dios: tratarle en la oración, hablar con Él, manifestarle –de corazón a corazón– nuestro afecto.

Primero una jaculatoria, y luego otra, y otra..., hasta que parece insuficiente ese fervor, porque las palabras resultan pobres...: y se deja paso a la intimidad divina, en un mirar a Dios sin descanso y sin cansancio. Vivimos entonces como cautivos, como prisioneros. Mientras realizamos con la mayor perfección posible, dentro de nuestras equivocaciones y limitaciones, las tareas propias de nuestra condición y de nuestro oficio, el alma ansía escaparse. Se va hacia Dios, como el hierro atraído por la fuerza del imán. Se comienza a amar a Jesús, de forma más eficaz, con un dulce sobresalto.

Pero no olvidéis que estar con Jesús es, seguramente, toparse con su Cruz. Cuando nos abandonamos en las manos de Dios, es frecuente que Él permita que saboreemos el dolor, la soledad, las contradicciones, las calumnias, las difamaciones, las burlas, por dentro y por fuera: porque quiere conformarnos a su imagen y semejanza, y tolera también que nos llamen locos y que nos tomen por necios. Al admirar y al amar de veras la Humanidad Santísima de Jesús, descubriremos

una a una sus Llagas. Y en esos tiempos de purgación pasiva, penosos, fuertes, de lágrimas dulces y amargas que procuramos esconder, necesitaremos meternos dentro de cada una de aquellas Santísimas Heridas: para purificarnos, para gozarnos con esa Sangre redentora, para fortalecernos.

El corazón necesita, entonces, distinguir y adorar a cada una de las Personas divinas. De algún modo, es como un descubrimiento, el que realiza el alma en la vida sobrenatural. Y se entretiene amorosamente con el Padre y con el Hijo y con el Espíritu Santo; y se somete fácilmente a la actividad del Paráclito vivificador, que se nos entrega sin merecerlo. Sobran las palabras, porque la lengua no logra expresarse; ya el entendimiento se aquieta. No se discurre, ¡se mira! Y el alma rompe otra vez a cantar con cantar nuevo, porque se siente y se sabe también mirada amorosamente por Dios, a todas horas.

Con esta entrega, el celo apostólico se enciende, aumenta cada día –pegando esta ansia a los otros–, porque el bien es difusivo. No es posible que nuestra pobre naturaleza, tan cerca de Dios, no arda en hambres de sembrar en el mundo entero la alegría y la paz, de regar todo con las aguas redentoras que brotan del Costado abierto de Cristo, de empezar y acabar todas las tareas por Amor.

Que la Madre de Dios y Madre nuestra nos proteja, con el fin de que cada uno de nosotros pueda servir a la Iglesia en la plenitud de la fe, con los dones del Espíritu Santo y con la vida contemplativa.

RESPONSORIO

Ef 1,4; 1P 2,21

R. Dios nos eligió en la persona de Cristo –antes de crear el mundo– * Para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor.

V. Cristo padeció su pasión por vosotros, dejándoos un ejemplo para que sigáis sus huellas.
* Para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor.

Laudes

HIMNO

Alabemos al Santo que nos mostró los caminos,
nos abrió paso y facilitó el ingreso
a la vida escondida en Cristo,
a la contemplación en medio del fragor del mundo.

Mientras buscamos el rostro manso del Señor,
que pasa en medio de las calles,
Él, que es el modelo,
nos esculpe con trazos divinos.

Esto es imagen del eterno diálogo,
la prenda de la intimidad divina,
de la que el Santo, lleno de gozo,
disfruta en el cielo para siempre.

Entonemos con el corazón rebosante de alegría la alabanza a la gloria de la Santa Trinidad, que ha otorgado a san Josemaría la corona de los bienaventurados. Amén.

Benedictus, ant. No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca.

Oración

Oh Dios, que has suscitado en la Iglesia a san Josemaría, sacerdote, para proclamar la vocación universal a la santidad y al apostolado, concédenos, por su intercesión y su ejemplo, que en el ejercicio del trabajo ordinario nos configuremos a tu Hijo Jesucristo y sirvamos con ardiente amor a la obra de la Redención. Por nuestro Señor Jesucristo.

II Vísperas

HIMNO

Tú nos mostraste el sendero de lo ordinario para imitar el ejemplo de Cristo, transmitiéndonos, obediente a la Luz, aquella luz que claramente viste.

Con una vida silenciosa y sin espectáculo,
desempeñaste el ministerio sacerdotal,
predicando la ley de Dios
con humildad.

La Virgen María te amparó siempre,
venerada Madre del amor hermoso,
Esclava del Señor, asiento de la sabiduría
y esperanza nuestra.

Ruega por nosotros, oh Virgen santa,
bendita Madre de Dios,
Tú que preparas y conservas en nuestra vida
un camino seguro.

Elevemos nuestro rostro al Dios trino,
mientras le adoramos con alma piadosa,
y alabemos juntos al Espíritu Santo,
con el Padre y el Hijo. Amén.

Magnificat, ant. Un mandamiento nuevo os doy,
que os améis unos a otros; como yo os he amado,
amaos también unos a otros.